

Dulzura y desaliento recorren un libro que abarca toda su vida literaria

«Cuando la gente se acuerda del nombre del poeta pero no de sus poemas... malo»

José Agustín Goytisolo recuenta su oficio en «Como los trenes de la noche»

MANUEL LLORENTE

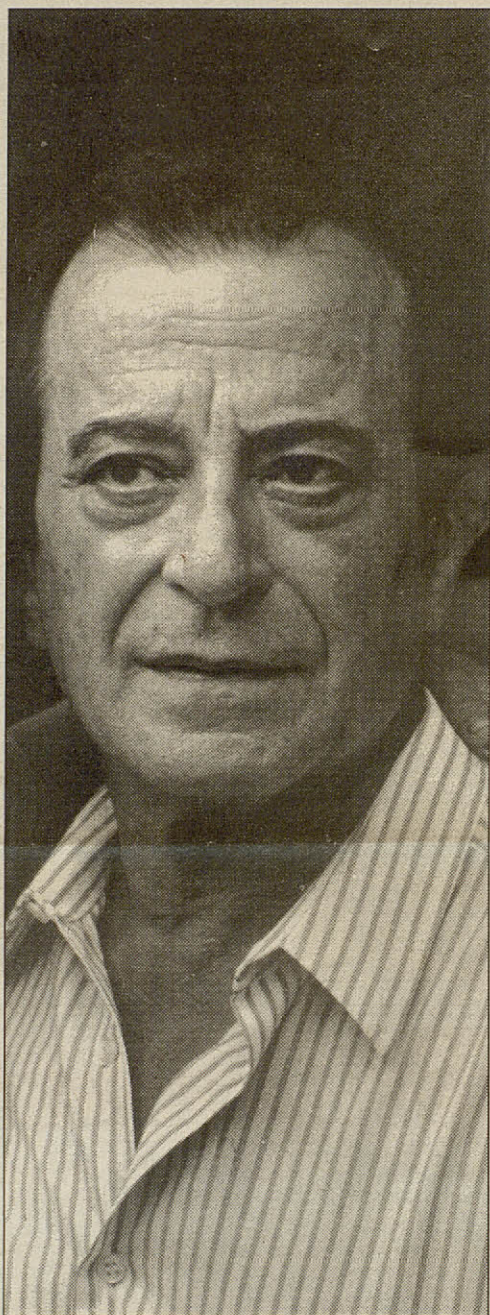
BARCELONA.— A caballo entre actuación y actuación con su amigo Paco Ibáñez por la piel de toro, José Agustín Goytisolo ha dado a la imprenta un poemario —*Como los trenes de la noche*, Lumen— donde exalta la creación literaria, evoca el amor con una dulzura exquisita, el desaliento y la rabia ante situaciones cotidianas que, en muchos casos, le producen estupor.

Curiosamente, todos los poemas de este último libro del mayor de los Goytisolo (Barcelona, 1928) son eneasílabos. Y saca a relucir el poema memorable *Requiem*, de José Hierro, escrito también en versos de nueve sílabas, como si fuera necesario justificar la medida. Afirma que es «el tono coloquial que se utiliza cuando se habla coloquialmente, sin darte cuenta». Esta experiencia, poco habitual en la poesía española, ya la utilizó en su primer poemario *El retorno*, publicado hace exactamente 40 años, que le han ido lloviendo «uno tras otro. Tras una primera predilección —recuerda— hacia la literatura, he ido aprendiendo a manejar la herramienta de la palabra como un ebanista la madera».

Este libro parece una cotelera, donde el autor ha ido mezclando casi todos sus registros poéticos. Felicidad, elegías, zozobra ante las noticias de los periódicos... Todos estos ingredientes los ha mezclado, los ha batido convenientemente y los ha dejado reposar unos tres años desde que escribió los primeros manuscritos antes de servirlos al lector. Antes, eso sí, ha depurado una y otra vez los poemas, algunos de los cuales tienen hasta veinte versiones.

«Al final quito más que pongo. Por ejemplo, me había planteado hacer diez versos en cada una de las cuatro partes del libro, pero han quedado en nueve. Sí, ya sé, cuatro partes de nueve poemas en versos de nueve sílabas, pero no he buscado ningún significado cabalístico. Y si lo tiene no me he enterado. Sólo son cuatro partes que corresponden a la infancia, adolescencia, madurez y vejez».

LAGARTIJAS Y GUERRA.— Lleno de colorido, inundado por una vida jubilosa, el primer fragmento del libro corresponde hasta que el autor tuvo diez años y perdió a su madre en un bombardeo en plena Guerra Civil sobre la Ciudad Condal. Tierra mojada, muro con lagartijas, soportales, canciones a lo lejos de muchachas se suceden en un universo sobre el que un tren atraviesa la noche. Goytisolo utiliza el tren y la oscuridad como ese viaje de la vida «que termina pronto/



José Agustín Goytisolo.

FELIPE ALONSO

tanillas, que te provocaba irte con ellos» para atravesar así la luz, o la noche, según, porque la noche «puede ser signo de vida, luz o muerte; pero claro, según y como».

Esa fijación que le ha quedado fijada de la infancia se intercala con su deseo a la hora de escribir, porque —explica— «la esencia de cualquier obra de arte es saber, poder transmitir una emoción». Queda nítidamente fijado en el poema *Una revelación*: lo importante de la poesía no es el poeta, sino el poema. «Es más importante que la gente se acuerde de un poema tuyo que no al revés. Manuel Machado decía que lo ideal sería ser un poeta anónimo. Yo no digo tanto, pero cuando la gente se acuerda del nombre de un escritor pero no recuerda ningún poema... malo».

TRUCOS.— Después, en una conversación donde a salto de mata combina anécdotas con sentencias de trovador viejo, avezado, sabio y escéptico, reconoce que aún utiliza una vieja grabadora «italiana con dos grandes ruedas de aquéllas» para grabar sus poemas y escucharlos, y descubrir así alteraciones no queridas o descubrir si ha conseguido el ritmo interno deseado.

Ritmo que debe prevalecer en el poema por encima de todo. «Y más en la llamada poesía libre, que si está bien hecha es la menos libre de todas. Esa música interna en la que fueron maestros Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre».

José Agustín Goytisolo no ha olvidado a sus mejores amigos —Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, a los que ha dedicado el libro y con los que «conversa» preguntándoles si ha acertado o no en alguna metáfora. Y confiesa que, de vez en cuando, se sorprende aún hablando con ellos.

La búsqueda de la emoción

Conversar sobre esa gira interminable con Paco Ibáñez que continúa realizando intermitentemente por media España, tras recitar en buena parte de Sudamérica «y estar incluso en Nueva York», le ilusiona casi más que hablar de su poesía.

«Es increíble; los teatros están llenos, quizá porque faltaban este tipo de recitales. Porque no

hacemos canciones protesta. Algunos nostálgicos sí que nos piden *A galopar* o *Palabras para Julia*, pero generalmente gustan las canciones nuevas, y las canciones de amor. Es como si el país necesitara este tipo de canciones, canciones que digan algo, canciones que se oyan con un gran respeto».

Y ¿qué necesidad

tiene de continuar, de teatro en teatro, por ya más de ochenta ciudades, recitando poemas? La misma pasión —siempre con él, una y otra vez, sale a relucir esta palabra— que exhibe cuando escribe. «Si no escribiera me aburriría. Lo hago porque es una pasión, pero una pasión encaminada hacia la gente, para que se emocionen».

La casa del poeta, la casa de la vida

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Vicente Aleixandre fue —desde mediados de los 40 a mediados de los 70— un nombre clave en la evolución y cuidado de la poesía española de la época. Y Vicente —siempre enfermo, a veces un algo neurótico, enfermo imaginario— recibía en su casa a los poetas que iban a verle, a charlar, a oír, a homenajear, o muchas más veces, como amigos. Aquella casa era (es) un pequeño chalet en la calle Velintonia 3, Parque Metropolitano, al final de Reina Victoria, en Madrid. Era una construcción anterior a 1936, derruida durante el conflicto bélico y reconstruida después: El pequeño templo aleixandrino, con su escudo jardincito delantero y el patio de atrás, con árboles grandes.

Vicente recibía a dos horas distintas. Cuando había más protocolo y menos amistad, la cita era de 8 a 10 de la tarde, con una rigurosa puntualidad, más que británica, que marcaban los sonos de un viejo reloj de pared. Cuando la amistad ya florecía, Vicente recibía también de 5 a 7, horas en que estaba reposando (por prescripción facultativa) en un viejo tresillo de brazo abatible, cubierto por una manta de viaje, en solemne estatismo, como aquellas imágenes de los ríos antiguos, sedentes, que le evocaba a Dámaso Alonso, amigo de los días jóvenes...

Aleixandre fue maestro o amigo de muchos de los integrantes de todas las generaciones de postguerra que pasamos por su casa. De Jaime Gil de Biedma o de Paco Brines fue más amigo que maestro. Carlos Bousoño, José Luis Cano o Leopoldo de Luis le veían —por distintos motivos— casi a diario. Para la gente de mi grupo (los venecianos, la generación del 70) fue un maestro y un compañero de viaje. Lograba dar aliento y estímulo a todos y se renovaba a sí mismo —sin perder un ápice de su personalidad, de su voz— en las nuevas fronteras y modos que los jóvenes le ofrecían. ¿No hay aleixandrínica poesía social en *En un vasto dominio* y algo de «novísimo» en su último libro —tan denso— *Diálogos del conocimiento*? Quienes pudimos decirnos amigos de Vicente, gozamos el privilegio de un poeta alto y un hombre sabio y lúdico, que le gustaba y sabía escuchar, se interesaba en todo, amaba las anécdotas picantes y se hacía un cómplice de la juventud. Quienes le conocíamos mejor (Brines, Bousoño, José Olivio Jiménez) sabíamos que no era sólo ese señor correcto, educadísimo, académico, bueno en el mejor sentido de la palabra y hasta un algo convencional, tal como hoy propalan quienes le conocieron menos.

Aleixandre (homosexual practicante, divertido relator de anécdotas nocturnas donde salían Lorca y Cernuda y tantos otros) era también un hombre profundamente anarquista —el autor de *La destrucción o el amor*— que sabía la rara y extraña injusticia del orden de la vida.

Poco después de que le concedieran el Nobel en 1977, la pequeña calle de Velintonia (nombre de un árbol) pasó a llamarse Vicente Aleixandre. Al poeta no le gustó del todo el homenaje. Hubiera preferido —me dijo— una calle con mi nombre en otra parte. Que ésta se siguiese llamando Velintonia, como aparece (añadió con modesta coquetería) en algún poema de Pablo Neruda. Yo recordé que Lorca le dedicó —de mano— un libro a Vicente con una frase



EL MUNDO

Aleixandre, en su biblioteca de la antigua calle Velintonia.

enigmática, y que evocaba su mutuo reconocimiento sexual: *¡Por fin en Velintonia!* (Era *Canciones*, si mal no recuerdo).

En Velintonia estuvieron Lorca y Cernuda, y Neruda y Miguel Hernández, y Pepe Hierro y todo el grupo Cántico. Y los novísimos, narrando historias de novias y de novios. Todos de poesía. Llamar a la casa de Vicente Aleixandre la *Casa de la Poesía* puede sonar cursi, pero en esos muros se ha sentido casi toda la poesía española de este siglo. ¿No sería un magnífico sitio para una biblioteca dedicada a la Generación del 27? Yo frecuenté catorce años Velintonia 3. Fui feliz charlando con Vicente. Cotilleando a lo fino. Como yo, muchos. El quiso siempre unir la poesía y la vida. Pero los españoles solemos tener mala memoria.